

ALBUM SALON



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí • Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona • Precio: 4 reales

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO I

BARCELONA, 26 DE DICIEMBRE DE 1897

NÚM. 6

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA

V. SUÁREZ CASAN

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sainfo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOCHEBUENA, por XAUDARÓ.



—Con buen humor y cinco duros, voy a pasar la noche.



—Oye, pollito, déjame diez pesetas para la rifa de pavos... haber si sacamos algo.



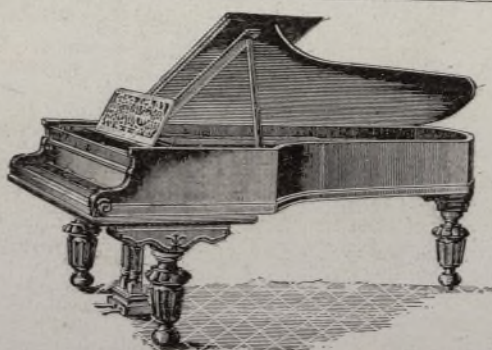
—¡Oiga usted, señorito! ¿Con qué derecho está usted soliviantando a esa señora?... Ahora mismo le voy a estropear a V. la fisonomía.

ESTELA & BERNAREGGI

Sala de Conciertos ~ Cortes, 275 ~ BARCELONA

PIANOS y HARMONIUMS

ALQUILER ~ CAMBIO ~ VENTA A PLAZOS



Ayuntamiento de Madrid



INSTRUMENTOS, MÚSICA, PIANOS, HARMONIUMS

Fernando VII, 51-53 **JUAN AYNE** y Call, 22, Barcelona.

Pianos Henry HERZ, Neveu y C.^a

Pianos BOISSELOT

Harmoniums d'ALEXANDRE, Père y Fils.

Unico depósito en este Establecimiento.

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Fabricación de artículos musicales, taller de grabado y estampación de música

PEGAMOID

SE FABRICA EN ESPAÑA

Aplicable á todos los tejidos, papeles y cartones.

25, Puerta del Angel, BARCELONA

Londres, París, S. Petersburgo,

Manchester, Bruselas,

Milano, Berlin,

Viena.

Impermeable,

Lavable, Aislador,

Antiséptico, No se mancha,

No se raya, Ligero, Durable, Barato, Hermoso.

25, Puerta del Angel, BARCELONA

NUEVA Y PRECIOSA INVENCION



FOTOGRAFÍAS ANIMADAS

(Linematógrafo en la mano).

COLECCION ESPAÑOLA

La mejor de todas las conocidas.

VAN PUBLICADAS

N.º 1 Baile Fantástico.

N.º 2 Danza Serpentina.

N.º 3 Asalto de Armas.

N.º 4 Baile Francés.

N.º 5 Duelo de Damas.

N.º 6 El Gimnasta.

N.º 7 Los Pilluelos.

N.º 8 El Barbero.

N.º 9 La Jota Aragonesa.

En prensa: La Menegilda.
La Pulga. Marte y las Bra-
vías. ¡Olé! ¡Viva España!
El Beso.

PRECIO DE CADA BLOCK: DOS REALES

DE VENTA en librerías, Papelerías, Kioscos y tiendas de juguetes,
y al por mayor, BENJAMIN MIRALLES

BAILÉN, 17 BARCELONA

NOCHEBUENA, por XAUDARÓ



—¿Qué ha sido?

—Casi nada, joven, que por poco le abren á usted la cabeza.

—¡Claro! si me dió con una llave.

—Eso ya se lo contará usted al juez.

El primero que me diga que esto
es Nochebuena... ¡lo repudio!

VINO DE OSTRAS

Del Dr. Sastre y Marqués.

Los más eminentes médicos de España,
lo recomiendan á sus enfermos y conval-
scentes para la curación de las enfermeda-
des nerviosas, anemia y debilidad general.
Depósito en Madrid: Vda. Somolinos, Infan-
tas, 26; en Zaragoza, farmacia Rios herma-
nos; en casa del autor, Hospital, 109, Barce-
lona, y en todas las farmacias bien surtidas.

JUAN BAUTISTA PUJOL Y C.^a

EDITORES DE MÚSICA

1 y 3, PUERTA DEL ANGEL, 1 y 3. BARCELONA

Música de todos géneros y países. — Pianos,
Harmoniums, Organos é instrumentos de orquesta
y banda. ♦ Representación y depósito de las prin-
cipales casas extranjeras. ♦ Contratas especiales.
— Compras directas. ♦ Agentes en París, Bruselas,
Berlin, Leipzig, Hamburgo, Londres, Milán y Viena.
♦ Precios, los más económicos, y existencias,
las más importantes de la Península. ♦ Catálogos
gratis. — Expediciones diarias.

CHASSAIGNE FRÈRES

PIANOS

DE COLA Y VERTICALES

A cuerdas cruzadas con cuadro de hierro

VENTA Á PLAZOS ALQUILERES

Casa fundada en 1864, Fortuny, 8.

BARCELONA

JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

Ventas á plazos y al contado.

SAN PABLO, 28 Esquina Arco de San Agustín BARCELONA

MARCA



"TINTURA VEGETAL" PARA EL CABELLO Y LA BARBA LA MARAVILLA

DE J. MARTRA

Impide la caída del cabello, cura la caspa, es tónica como la mejor brillantina. Como autor y práctico que soy en el cabello, puedo asegurar que LA MARAVILLA es el único específico para conservar la cabeza sana y limpia. (No tiene nitrato de plata.)

AGUAS PARA LAS SEÑORAS

LA FLOR DE LIS deja el cutis fino mate. LA MEJICANA deja el cutis fino con lustre. Su aplicación es sencilla; basta aplicarla con una esponjita ó franela muy suave. Se venden estas aguas en todas las perfumerías. Encargos en Barcelona, Bailén, 117, 1.º

LA EMPERATRIZ



Corsés y Fajas.

TRES LLITS, núm. 10

Escudillers Blancs, 2

BARCELONA

Faja ventrera para sujetar, sostener y disminuir el vientre, elogiada y recomendada por ilustres Doctores en Medicina de esta Capital.

HISTORIA DEL GENERAL

D. JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale

UN REAL

á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.

GRANDES ALMACENES DE

EL SIGLO

Los más grandes é importantes de España.

Rambla de Estudios, 5 y 7, y Xuclá, 10 y 12

Dirección por correo: BARCELONA Apartado, núm. 101
CONDE, PUERTO Y C.ª TELEFONO, NUM. 181

Dirección telegráfica, «SIGLO-BARCELONA»

Inmensos y variados surtidos en todos los artículos que se expenden en estos Almacenes, y componen las

SECCIONES

de Abanicos, Alfombras, Batería de Cocina, Bisutería, Camisería, Cepillería, Confecciones, Corbatería, Corsés, Cortinajes, Efectos de Escritorio, Efectos de Viaje, Ferrería, Fumistería, Géneros de punto, Guantería, Joyería, Juguetes, Lampistería, Lanería, Lencería, Loza y Cristal, Lutos, Marroquinería, Mercería, Metal Blanco, Muebles, Objetos Fúnebres, Objetos Japoneses, Objetos de Porcelana, Óptica, Pañolería, Papelería, Paraguas y Bastones, Pasamanería, Peletería, Perfumería, Platería, Quincallería, Relojería, Ropa Blanca, Sastrería, Sedería, Sombrería, Sombreros para Señora, Zapatería, etc., etc.

PRECIO FIJO VENTAS AL CONTADO ENTRADA LIBRE

NOTA. — La Casa publica dos Catálogos generales, uno para la temporada de verano y otro para la de invierno, además de varios Catálogos especiales para cada sección, los que se remiten gratis y francos de porte al que lo solicite.

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, 315, pral.

DEPILATORIO EN POLVO DEL DR. THOMSON

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.



Antes de usarlo.

Aplicación sencilla, resultados positivos.

Precio: 3 pesetas caja.



Después de usarlo.

UNICO DEPOSITO: PERFUMERIA LAFONT
CALL, 30 BARCELONA

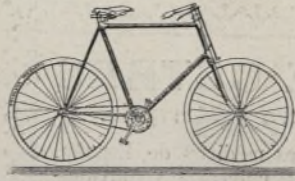
WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS

y al

CONTADO



CONTADO

y al

VENTA A PLAZOS

BICICLETAS GARANTIDAS

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

AVIÑÓ, 9 BARCELONA

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

Desde que, ignorado y pobre,
cumpliendo la profecía,
nació el hijo de María
en un portal de Belén;
con inefable delicia,
adora el orbe cristiano
al excelso Soberano
que es fuente de todo bien.

El tiempo, en su fuga rápida,
se llevó cuanto ha existido;
razas y pueblos han sido
arrastrados sin cesar;
solo El vive eternamente,
del mortal para consuelo,
teniendo un trono en el cielo
y en cada pecho un altar.

Por esto, un año tras otro,
al sonar la hora gloriosa
de su fausta y generosa
terrenal aparición,
himnos de gozo le elevan
así el pobre como el rico,
el más grande y el más chico,
pues por El hermanos son.

Modestamente el obrero,
con largueza el potentado,
todos, conforme á su estado,
santifican por igual,...
dando al placer incentivo,
ó corta tregua á la pena,
aquella *noche*... tan *buena*
que no ha tenido rival.

Puesto que somos partícipes
también del grato jolgorio,...
sin juzgarlo meritorio,
porque el deber no es virtud,
santificarla queremos,
como solventes deudores,
mostrándoos, caros lectores,
nuestro aprecio y gratitud.

De tal Pascua la grandeza
disfrutad este año... y ciento;
si Dios escucha el acento
nacido del corazón,
concederá tanta dicha
á vuestra casa y persona
cuanta para sí ambiciona
esta humilde Redacción.



EL PORTAL DE BELÉN, POR ARTURO SERINA

Lit. Labielle



! NOCHEBUENA!

HABÍA pasado un día agitadoísimo.
Ni siquiera recordaba que al siguiente era Navidad.

Llegué á mi casa y me arrojé en el lecho presa de hondo pesar.

A poco quedé dormido, y soñé.

A mis oídos llegaron cánticos lejanos de alegría; murmullos de plegarias; músicas celestiales de órganos tocados por ángeles sin duda; besó mi frente una brisa perfumada que infundió en todo mi sér un bienestar inefable y me sentí transportado al espacio como en brazos de un genio invisible.

Abrí los ojos y vi á mis pies montes y valles cubiertos de inmensa sábana de nieve que, á los rayos pálidos de la luna, centelleaba con vistosos cambiantes de plata y azul. A lo lejos se levantaban, gallardas y arrogantes, las agujas de una iglesia, dibujando sobre el fondo obscuro del firmamento las filigranas de su gótica silueta. Por sus ojivales

ventanas salían raudales de luz que rompían las tinieblas del espacio, y me pareció que los monstruos de las gárgolas, las cariátides de los chapiteles y los ángeles de las cornisas se agitaban y movían como poseídos de vida sobrenatural.

El ronco estruendo del torrente, precipitándose por las quiebras de las peñas, y las sinuosidades de su curso; el prolongado y monótono lamento de los bosques que agitaban las ramas de sus corpulentos árboles, combatidos por el viento; el grito lejano de algún ave; el relincho de un caballo ó el ladrido de un perro, hacían más pavoroso el silencio de la noche y la soledad del campo.

A este grandioso concierto de la naturaleza se unía la voz del órgano que, allá en el templo, lanzaba acordes celestiales, y la voz de los fieles que entonaban cantos de aleluya.

Sentí mi alma transportada; un estremecimiento de sublime entusiasmo y santo misticismo embargó mis sentidos, y creí ver, allá en el cielo, rasgadas las nubes y á los ángeles de fiesta.

Seguí adelante y llegué a una aldea.

En la plaza estaba congregado el vecindario entero, que al son de panderos y zambombas se entregaba á una danza desenfadada y fantástica.

Más allá, en un apuro, unos pobres pastores bailaban también y reían.

Seguí marchando, y á mis ojos se presentó la inmensa mole de una capital populosa.

La misma locura, los mismos cantos, igual alegría.

Entré en los hogares humildes, subí á los palacios, recorrí las calles, entré en los templos, y en todas partes vi fiestas y regocijo.

Aquí sopa de almendra y besugo; allí banquete espléndido y copas rebosando de espumoso champañ; más allá pelotones de menestrales metiendo infernal ruido con panderos y sonajas, y en los templos, luces, incienso, cantos y rezos.

Llegué á una inmensa llanura, y al notar que estaba llena de tiendas de campaña, y de pabellones de fusiles, pensé:

—Aquello es un campamento. Los hombres que habrá allí, lejos de sus hogares y expuestos á perder la vida en el primer encuentro, no estarán alegres.

La muerte se cierne sobre su cabeza. Habrá muchos que tendrán madres, esposas idolatradas, hijos queridos y haciendas abandonadas.

Allí reinará la tristeza y la desolación.

¶ Pasé muy cerca y oí también cantos de júbilo y estruendo de guitarras, y vi bailar la sardana y el zortzico al rededor de las hogueras.

—¡Qué noche será esta,—me pregunté lleno de admiración,—qué noche será esta que así hace enloquecer á la humanidad de alegría!

Entonces oí á lo lejos un coro inmenso de voces que cantaba en todas las lenguas:

¡Esta noche es Nochebuena!...

...! Ah!...

¡Sí, era Nochebuena!

Era el aniversario de aquella noche en que el Hijo de Dios bajó al mundo á redimirnos.

¡Fecha santa, fecha gloriosa, fecha imperecedera que el Orbe Católico venera con fiestas y regocijos!

Y me pareció oír un himno inmenso que entonaban el cielo y la tierra, y que una luz vivísima alumbraba mi conciencia, y un bálsamo milagroso cicatrizaba mi corazón.

Miré hacia abajo con lástima y con pena, y lloré por los que no comprenden los sacrosantos misterios de nuestra Santa religión.

No medité, no discurrí.

Vi y sentí.

Era la fe la que me llevaba en sus brazos.

Me hallé poseído de místico recogimiento y de un éxtasis inefable, y caí de rodillas.

Cuando desperté de mi sueño, pasaban por mi calle los rezagados que volvían de la misa del gallo.

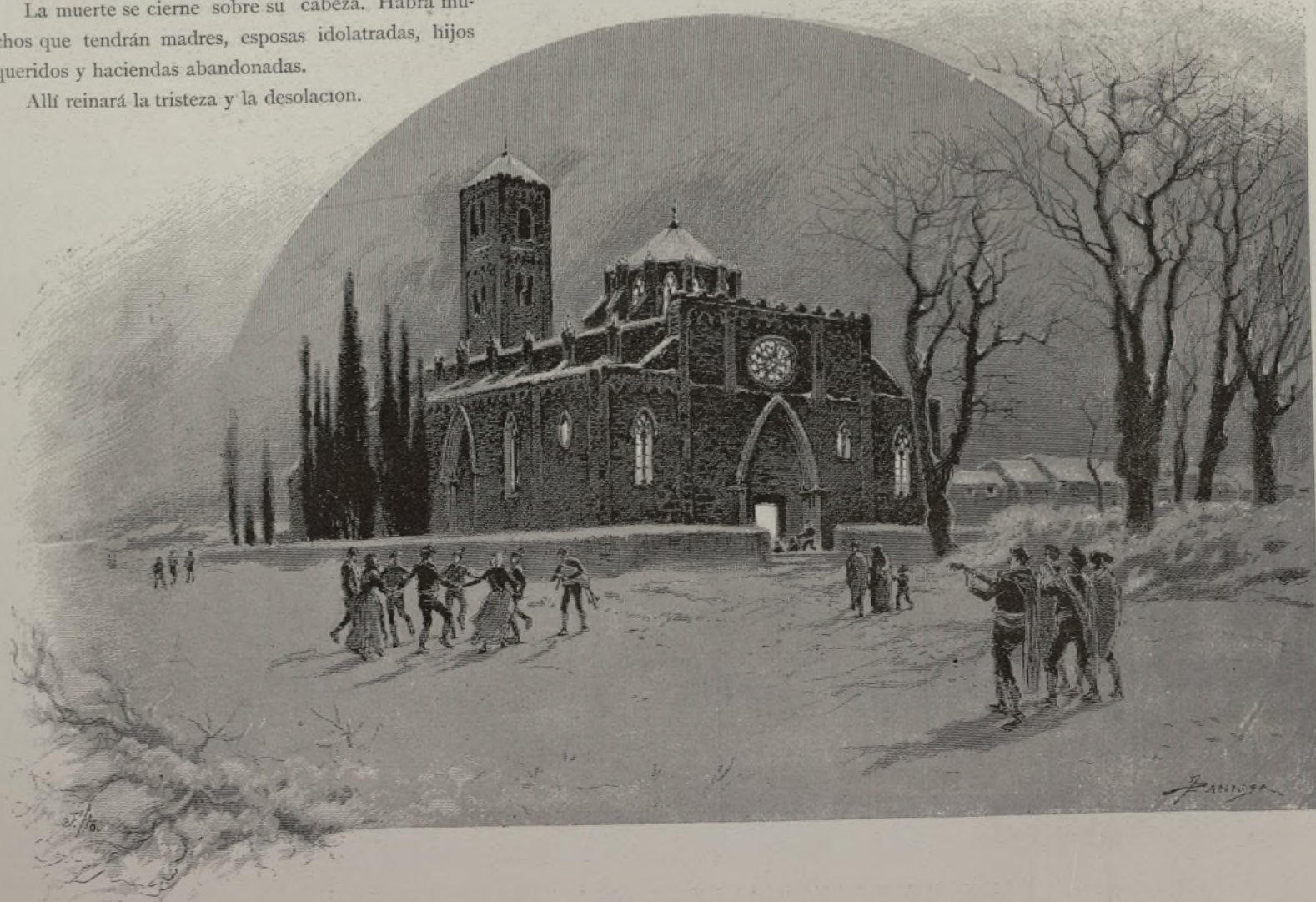
Encendí una luz, me levanté, y fui á postrarme ante una imagen de Cristo Crucificado.

Crucé las manos, cerré los ojos y recé.

¡Fué aquella mi mejor Nochebuena!

VICENTE SUAREZ CASAN

ILUSTRACIONES DE PAHISSA





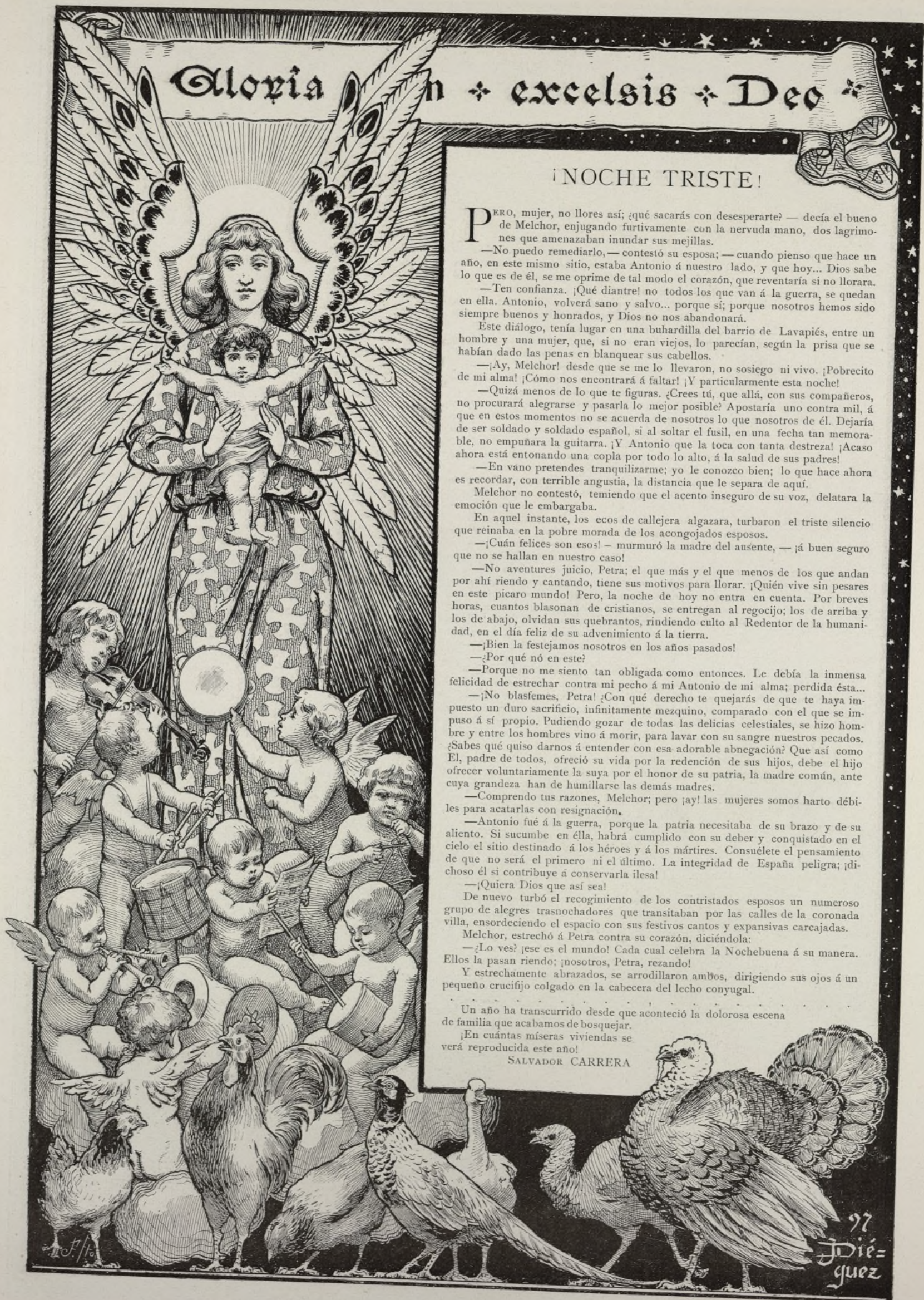
PLAZA MAYOR DE MADRID EN NOCHEBUENA, A PRINCIPIOS DE SIGLO

FELIX MESTRES



MERCADO DE PAVOS EN BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Gloria in excelsis Deo

¡NOCHE TRISTE!

PERO, mujer, no llores así; ¿qué sacarás con desesperarte? — decía el bueno de Melchor, enjugando furtivamente con la nervuda mano, dos lagrimones que amenazaban inundar sus mejillas.

—No puedo remediarlo, — contestó su esposa; — cuando pienso que hace un año, en este mismo sitio, estaba Antonio á nuestro lado, y que hoy... Dios sabe lo que es de él, se me oprime de tal modo el corazón, que reventaría si no llorara.

—Ten confianza. ¡Qué diantre! no todos los que van á la guerra, se quedan en ella. Antonio, volverá sano y salvo... porque si; porque nosotros hemos sido siempre buenos y honrados, y Dios no nos abandonará.

Este diálogo, tenía lugar en una buhardilla del barrio de Lavapiés, entre un hombre y una mujer, que, si no eran viejos, lo parecían, según la prisa que se habían dado las penas en blanquear sus cabellos.

—¡Ay, Melchor! desde que se me lo llevaron, no sosiego ni vivo. ¡Pobrecito de mi alma! ¡Cómo nos encontrará á faltar! ¡Y particularmente esta noche!

—Quizá menos de lo que te figuras. ¿Crees tú, que allá, con sus compañeros, no procurará alegrarse y pasarla lo mejor posible? Apostaría uno contra mil, á que en estos momentos no se acuerda de nosotros lo que nosotros de él. Dejaría de ser soldado y soldado español, si al soltar el fusil, en una fecha tan memorable, no empuñara la guitarra. ¡Y Antonio que la toca con tanta destreza! ¡Acaso ahora está entonando una copla por todo lo alto, á la salud de sus padres!

—En vano pretendes tranquilizarme; yo le conozco bien; lo que hace ahora es recordar, con terrible angustia, la distancia que le separa de aquí.

Melchor no contestó, temiendo que el acento inseguro de su voz, delatara la emoción que le embargaba.

En aquel instante, los ecos de callejera algazara, turbaron el triste silencio que reinaba en la pobre morada de los acongojados esposos.

—¡Cuán felices son esos! — murmuró la madre del ausente, — ¡á buen seguro que no se hallan en nuestro caso!

—No. aventuras juicio, Petra; el que más y el que menos de los que andan por ahí riendo y cantando, tiene sus motivos para llorar. ¡Quién vive sin pesares en este pícaro mundo! Pero, la noche de hoy no entra en cuenta. Por breves horas, cuantos blasonan de cristianos, se entregan al regocijo; los de arriba y los de abajo, olvidan sus quebrantos, rindiendo culto al Redentor de la humanidad, en el día feliz de su advenimiento á la tierra.

—¡Bien la festejamos nosotros en los años pasados!

—¿Por qué nó en este?

—Porque no me siento tan obligada como entonces. Le debía la inmensa felicidad de estrechar contra mi pecho á mi Antonio de mi alma; perdida ésta...

—¡No blasfemes, Petra! ¿Con qué derecho te quejarás de que te haya impuesto un duro sacrificio, infinitamente mezquino, comparado con el que se impuso á sí propio. Pudiendo gozar de todas las delicias celestiales, se hizo hombre y entre los hombres vino á morir, para lavar con su sangre nuestros pecados. ¿Sabes qué quiso darnos á entender con esa adorable abnegación? Que así como El, padre de todos, ofreció su vida por la redención de sus hijos, debe el hijo ofrecer voluntariamente la suya por el honor de su patria, la madre común, ante cuya grandeza han de humillarse las demás madres.

—Comprendo tus razones, Melchor; pero ¡ay! las mujeres somos harto débiles para acatarlas con resignación.

—Antonio fué á la guerra, porque la patria necesitaba de su brazo y de su aliento. Si sucumbe en ella, habrá cumplido con su deber y conquistado en el cielo el sitio destinado á los héroes y á los mártires. Consuélete el pensamiento de que no será el primero ni el último. La integridad de España peligrá; ¡dichoso él si contribuye á conservarla ilesa!

—¡Quiera Dios que así sea!

De nuevo turbó el recogimiento de los contristados esposos un numeroso grupo de alegres trasnochadores que transitaban por las calles de la coronada villa, ensordeciendo el espacio con sus festivos cantos y expansivas carcajadas.

Melchor, estrechó á Petra contra su corazón, diciéndola:

—¿Lo ves? ¡ese es el mundo! Cada cual celebra la Nochebuena á su manera. Ellos la pasan riendo; ¡nosotros, Petra, rezando!

Y estrechamente abrazados, se arrodillaron ambos, dirigiendo sus ojos á un pequeño crucifijo colgado en la cabecera del lecho conyugal.

Un año ha transcurrido desde que aconteció la dolorosa escena de familia que acabamos de bosquejar.

¡En cuántas miserables viviendas se verá reproducida este año!

SALVADOR CARRERA

SENSIBLERÍAS DE LA MUERTE

PUES señor... dicen que un año le dió á la *Muerte* el capricho de lanzarse á la calle en Nochebuena, dejando en reposo, allá en su ignota y tétrica mansión, la horripilante guadaña con que siega, según creencia general, la vida de los humanos.

Sus deseos no podían ser más beneficiosos para los míseros mortales; reducíanse á gozar, sin meterse con ser viviente, de los animados cuadros que le pudieran ofrecer las calles de la villa y corte.

— ¿Es Nochebuena? — nabíase dicho la Parca. — Pues que lo sea por completo... Esta noche no se muere nadie... A nadie acariciaré... No siempre he de ser *fiera* como me llaman esos cursis, sin alcanzar el beneficio que les hago... ¡Cuán descontentadiza es la humanidad!

Y cortando en tal punto sus reflexiones, se envolvió bien envuelta en su manto, se embozó hasta las cuencas de los ojos, pues hacía un frío que helaba *hasta los huesos*, y se internó por las calles de la villa, ansiosa de espectáculos para ella desconocidos.

Su majestad la *Muerte*, ya conocía las irritantes desigualdades é injusticias, para ella irrisorias, que imperan entre los seres; pero nunca como entonces las pudo apreciar en todo su lastimero alcance... En una esquina, presentaba con elocuente mutismo su huesosa diestra, una mujer desarrapada y débil; á sus pies, medio oculta entre la pared y las zurcidas faldas de la pobre, había una niña, una desheredada para la cual el destino, sólo tenía sinsabores sin cuento... Cansada, sin duda, la mendiga, de implorar sin resultado beneficioso, despertó á la rapaza de un puntapie, y díjola furiosa: «Pide tú... A mí no me hacen caso.»

La gente caminaba con prisa... ¡Cada cual tenía sus motivos! El uno, porque el besugo y la sopa de almendras le aguardaban en el hogar, bien caldeado por la ardiente chimenea... Precisaba acudir pronto con la provisión de turrónes... ¡No faltaría más sino que se impacientaran!.. El otro, por que sus padres esperábanle ateridos de frío en el desmantelado cuchichil, donde tiritando pensarían sin duda en la falta de pan... Precisaba llegar pronto con la provisión de consuelos, ya que no con la cena... ¡No

faltaría más sino que carecieran de lo último que puede darles! No lleva pan, pero sí su cariño y sus lágrimas, para quererles y llorar con ellos... Por todas partes, rumor alegre de voces... El golfo que saliendo de la taberna recibe en la cara los pinchazos del frío... «¿Y es Nochebuena? ¡Anda la órdiga! pues si está nevando»... El vendedor de baratijas de nacimiento: «¡Reyes á perro grande! ¡santos á perro chico!» Y mil y mil voces diversas que se confunden con graznidos de aves, lloros de rapazuelos descontentos, risotadas de los felices; y allá, en la esquina, donde acaba el tumulto, donde la ola de gente encuentra más ancho cauce y se desparra y su rumor disminuye, la plañidera y quejumbrosa vocecilla de la rapacita mendicante, que pide al *noble caballero*... que nada le da «¡una limosnita por el amor de Dios... y para que su madre no la muela á patadas!»

La *Muerte*, á impulsos de sus ideas de igualdad, acostumbrada á nivelarnos á todos con su poder, sintió impulsos de entrar en funciones; aquello no estaba bien ni medio bien... Oyó sollozos, quejidos... Era la niña, la pobrezuela rapaza, que acababa de caer al suelo víctima del brutal golpear de la mendiga... Echada sobre las baldosas de la acera, ya no tenía voz para quejarse; sólo abría inmensamente sus grandes ojazos de muñeca, mirando con espanto á su verdugo.

La *Muerte* se enterneció; tendióse junto á la niña, la rodeó con sus brazos, acercó su horripilante cabeza á la del angelito, posó sus frías y descarnadas mandíbulas sobre la boquita de él, y la besó con amor, murmurando muy quedo:

— «¡Pobre rapaza! ¡Para vivir de este modo, más te vale dormir en mis brazos!»

Y la niña, al sentir en su sér el frío del beso, se quedó dormida para siempre con los ojos muy abiertos, la mirada fija en las sombras del espacio y los labios plegados por una dulce sonrisa que parecía expresar:

— ¡Gracias, Dios mío!

LUIS DE VAL.



EN CAPILLA, POR A. SEGURA

ENRIQUE ESTEVAN



LA NOCHEBUENA DEL SOLDADO

Ayuntamiento de Madrid



DE JUERGA, por JOSÉ GARNELO ALDA.

EL MILAGRO

CERRÓ la puerta el general, mientras Ruperto esperaba, de pie, temblando, su sentencia.

Y en seguida, el honrado veterano cogió á su criado con ambas manos por los brazos, y dándole empujones contra la biblioteca, exclamó:

—¡Pícaro! ¡Infame! ¡Ladrón! ¡Aquí has de morir como un perro!

—¡Por Dios, mi general!

—¡Vas á morir! Y Dios quiera que no me muera yo de este disgusto, porque á setenta años, golpes como este son mortales...

—¿Cómo se entiende! Un soldado que ha pasado su vida junto á mí, á quien yo quería como á un hijo... ¡Toma, pillo, ladrón! Y le dió tal cantidad de puñadas y de sopapos, que le puso hecho una lástima.

Ruperto no se defendió.

Esperó á que el anciano se sentara, llorando en un sillón, y dijo:

—Bueno, mi general, estoy perdido para toda mi vida; pero no ha sido culpa mía...

—¡Ah! ¿Con qué no? Venimos á Francia desde Barcelona á tomar las aguas de Cauterets; se me ocurre, á la vuelta, visitar á la Virgen de Lourdes. Nos detenemos aquí, en Lourdes, quince días por haber yo recaído, te dejo entrar y salir, y hasta echarte una especie de novia, una franchuta...

—¡Esa es la que me ha perdido!

—¡Cállese usted, bribón! Y ayer mismo viene el comisario de policía á decirme que has sustraído un brazalete de oro del templo donde se venera la santa imagen! Tú, mi criado de hace treinta años, tú... mira, voy á matarte, te mato!

Y metió la mano en el cajón de la mesa y sacó un revólver.

Ruperto cayó de rodillas.

—¡Perdón, mi general, perdón!

Volvió el revólver á su sitio. Hubo un momento de silencio.

El general dijo:

—Te he defendido como un león. He pedido á la autoridad veinticuatro horas para arrancarte el objeto robado, y evitar, poniendo en juego mil influencias que *mi criado* vaya á la cárcel. ¡Di la verdad! Se sabe que ayer, á las cuatro de la tarde, no hubo más personas en la iglesia que tu... novia, y tú. En esas dos horas desapareció el brazalete. ¡Una ofrenda! ¡Una cosa dos veces sagrada! ¿Eres tú quien lo cogió? ¡La verdad! Lo has negado á la autoridad, al cura, á todo el mundo... ¿Tienes esa joya en tu poder? ¡Por Dios uno y trino, responde!

Ruperto metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó el brazalete y respondió derramando lágrimas.

—Aquí está.

—¡Ya no hay duda! ¡Tú fuiste... tú!

Y el general, en vez de desatarse en improperios como antes, se cogió la cabeza con las manos y rompió á llorar, lo mismo que su criado. ¡Qué momentos aquellos!

—Mi general... mi general, esa mujer me ha sorbido el seso... En quince días, ¡parece mentira! se ha apoderado de mi voluntad. Es una cualquiera, ya lo sé, una aventurera que habla español, y que, según dicen, recorre estos pueblos del Pirineo en verano. ¡Sabe Dios quien será! Yo me la encontré en un café, liamos conversación, nos hemos visto todos los días, le he dado lo que tenía, he hecho cuanto ha querido... como que estoy enamorado, perdido de ella!

—¡Qué animal! ¡Qué bestia! gritaba el general.

—Sí, señor; así es. Ayer me dijo que no quería nada conmigo si no le daba más dinero... Me sentí morir... no puedo vivir sin verla, no puedo!

—¡Qué bruto!

—Sí, señor; así es. Pues por la tarde me llevó á la iglesia, estuvimos viendo las alhajas, me puso entre la vida y la muerte... Dame ese brazalete que cuelga de ahí ó no me ves más. Me resistí como hombre hon-

rado.—Tú no eres más que un hablador, me dijo, mucho de echarlas de español y de hombre de corazón, y luego eres incapaz de hacer nada por una mujer. ¿Dónde está esa pasión y ese corazón tan grande, *bocou*? Pues... mi general, alargué la mano, y cogí!

El general hablaba solo.

—Sí, eso es; así son todas estas... así me hizo á mí aquella gran bribona hace cuarenta años, cuando fui agregado militar en la embajada de París... me comió mi fortuna, me llenó de deudas; sino me trasladan á Madrid me caso con ella. ¿Qué es lo que tienen estas mujeres? ¿Qué mujeres son estas?

—Pues ahí verá usted, mi general.

Sorprendido en su soliloquio, el anciano se exasperó.

—¡No tengo que ver nada! No sé más sino que el comisario de policía está ahí, ¿lo oyes? ahí, en el comedor, esperando. Y el señor cura que te ha denunciado, también. Que por respeto á mis canas y al nombre que llevo, no estás ya preso, como lo está tu compañera...

—¡Está presa!

—¿Pues qué te habías creído, imbécil? Y tú lo estarás en seguida... ya es mucho haber ganado veinticuatro horas... porque aunque devolvamos este brazalete, la ley es la ley, y tienes que pagar lo que has hecho... ¡Dios mío, Dios mío, qué vergüenza!

—Es verdad, señor, es verdad... estoy perdido: sólo un milagro pudiera salvarme.

Y con acento de duda y de desesperación, Ruperto añadió:

—¡Parece mentira que estemos en un pueblo tan milagroso!

El general, al oír estas palabras, se quedó mirándole fijamente, con los ojos muy abiertos...

Después, gesticulando como el que piensa y habla por dentro, estuvo dos minutos como trabajando sobre lo que pensaba.

—¡Sí! — exclamó.

—¿Cómo dice usted, mi general?

—¡Sí!!

Ruperto no comprendía una palabra.

—Tú no sabes francés...

—Me entiendo con la gente.

—Siéntate ahí.

—Sí, señor.

—No hables más que cuando yo te pregunte.

—Bien, mi general.

—Voy á ver si te salvo; pero antes...

Y el general fué á arrodillarse delante de una imagen de la Virgen que había colgada en la pared y estuvo rezando lo menos diez minutos.

—La Virgen nos perdonará, — dijo, — y la Iglesia nos ayudará si quiera por el bien que le haremos.

Abrió la puerta, hizo una señal, y se presentaron el cura y el comisario de policía, graves y solemnes.

El general, en aquel dominio de la lengua francesa, que le valió tantas afecciones en sus tiempos de diplomático, hizo un discurso que oyeron los dos franceses con atención creciente.

—Señores, (dijo), ¡cuántas veces habrá ocurrido que las cosas sobrenaturales y que no están al alcance de los pobres mortales hayan producido errores judiciales, y ruinas y catástrofes! ¡El siglo es incrédulo, es librepensador, es ateo!

El señor cura asintió y comenzó á admirar aquella elocuencia inesperada.

—Nosotros, los soldados, solemos pecar de eso. Yo no, que siempre he creído aún lo que á los demás les pareció dudoso... ¿Quién duda de que en esta parte de Francia los milagros son hechos, pese á quien pese? ¿Por qué vienen aquí nubes de peregrinos? ¿Por qué salen á milagro por día!

El comisario, un poco aburrido, dijo:

—Señor general, hemos venido aquí persiguiendo un delito.

—¡No hay tal delito! Este soldado, no es ni puede ser en alguna manera delincuente. ¡Ruperto, ponte la mano en el corazón!

Ruperto obedeció.

—¿Ruperto, tú fuiste ayer á la Iglesia con tu novia á pedir protección, á rogar que se te concediera lo que no tienes para casarte con la mujer que has elegido, no es eso?

—Sí, señor.

—La Iglesia estaba desierta, señores; no había en ella más personas que Ruperto y su adorada prenda, y la Virgen les dijo: Tomad una de mis alhajas, vendella y casaos. Tal es el caso. Ahora, señores, he aquí la alhaja. ¿Hay qué devolverla? Aquí está. ¿Se reconoce el milagro? ¡Hable el señor cura!

El comisario, disimulando la risa á duras penas, dijo:

—Por mi parte, si el señor cura consiente... allá él.

Y el cura, rebotando satisfacción, exclamó:

—Basta la palabra de un veterano y la de un soldado. No ha de negar la Iglesia milagros verificados ante testigos. Cúmplase la alta voluntad, siempre que se me permita dar á la prensa suceso tan magno...

—En la de aquí y en la de mi país y en todas debe publicarse, — dijo el general, — y el señor cura me hará el favor de bendecir la unión de estos amantes infelices.

—¡Sin duda alguna!

Y el comisario le dijo no sé qué palabra en francés al general, riendo hacia adentro.

Y el señor cura salió corriendo á publicar el magno acontecimiento.

Y Ruperto, llorando á lágrima viva, quiso besar los pies de su amo...

Y el general, frotándose las manos, le dijo:

—¡Bueno, bueno, ya estamos arreglados, pero ahora, por lo que me has hecho sufrir, te casas con ella, y así las pagarás todas juntas, bruto!

EUSEBIO BLASCO



ORFEÓ CATALÁ, DIRIGIDO POR EL EMINENTE MAESTRO LUIS MILLET.

Fot. de J. E. Puig.



BERCEUSE

(CANCIÓN INFANTIL)

LETRA DE

Carmen G. de Neda

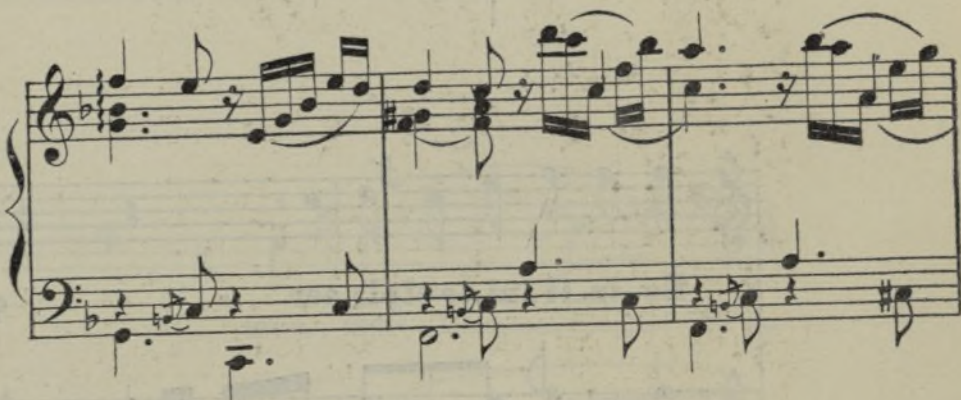
MÚSICA DE

Fermin M. Alvarez

Andantino.



2.º.



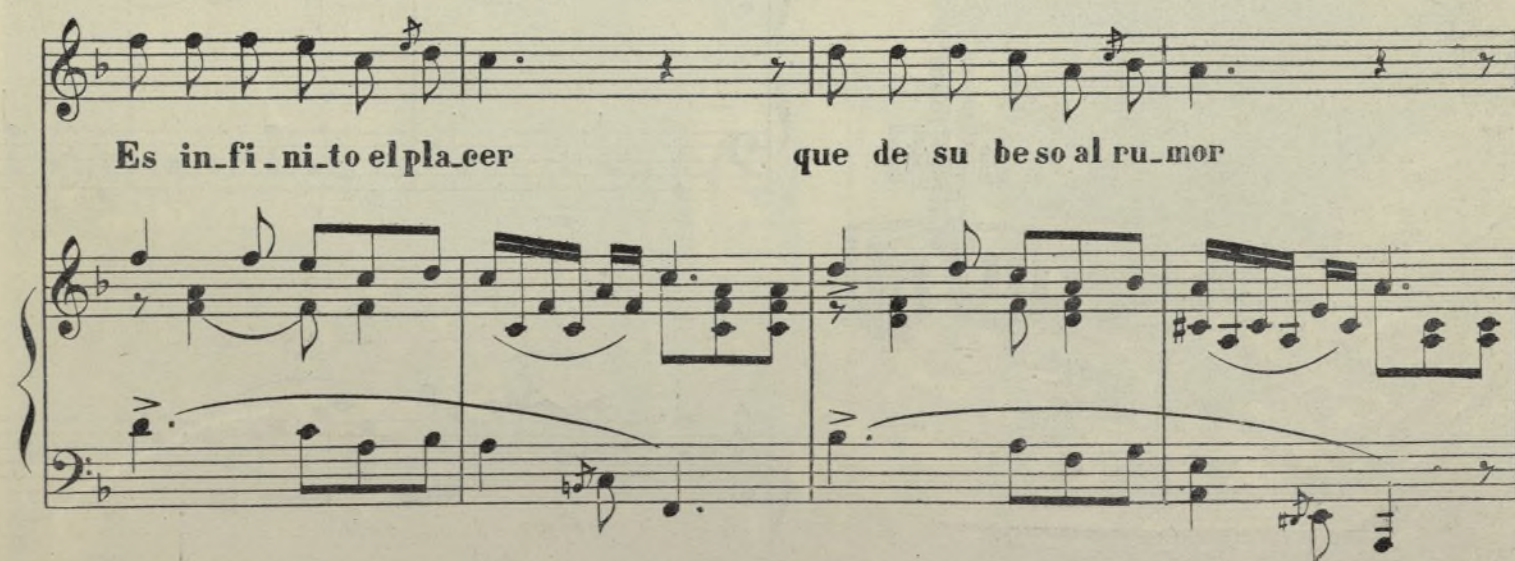


Ya va mi ni_ño á dormir viene un angel su sueño a ve_lar ———

2



quiero su aliento sentir, ——— quiero su frente be . sar. ———



Es in-fi-ni-to el pla_cer que de su beso al ru_mor

se ha di - fun - di - do en mi ser Duer-me tran-qui - lo mi a-

mor mi a - mor duer-me tranqui-lo

Con el canto

duer - me mi a - mor mi a - mor mi a-

mor duermetransquilo duer-me mi a-mor mi a-mor ah— mi a-

Con el canto Rall: - - - - -

mor ah mi a - mor

af - - - - - fret - - - - - tan - do.

p rall. - - - - - pp - - - - - ppp

SEGUNDA ESTROFA

Un velo traigo, mi bien,
que la pura inocencia me dió;
para ceñirlo á tu sien
ella misma lo bordó.

Nunca la duda cruel
manche su blanco color,
y así, cubierto por él,
duerme tranquilo, mi amor.

¡DE MASIADO TARDE!

(Conclusión).

—Usted comprenderá que no debo aceptarlo en calidad de regalo.
—Perdone usted; tampoco entra en mis cálculos regalárselo.
—¡Caballero!
—No quiero desprenderme de él; se lo manifesté... y lo repito.
—Ni yo consentiré que continúe un día más en su poder.



—¿Con que derecho lo impedirá?
—Esa pintura no puede figurar sino en mi casa. Es el retrato de...
—Se equivoca usted, general; ¡es... mi inspiración! ¡el único rayo de luz que al genio plugo concederme, desde que cogí los pinceles! ¡la reputación de un artista!
—¿Desconoce mi paterna autoridad?
—¡Como usted la mía! Respeto el dominio que ejerce sobre esa señorita; siendo su hija, manda en ella, porque así lo han dispuesto las leyes divinas y humanas. Pero, la que yo he creado, la que nació al calor de mi fantasía... y se desarrolló por mi trabajo... y vive por mi talento, me pertenece legítimamente, en razón y justicia. Si le pidiera la suya ¿me la concedería usted?
El padre de Laura, que no contaba con aquella salida, dirigió al pintor una despreciativa mirada, profiriendo un «no» desdenoso y categórico.
—Entonces ¿por qué le extraña que yo me niegue también? —exclamó Daniel, abrazado al cuadro cuya posesión se disputaba; —llevéla en buen hora: ¡ésta... se queda aquí! ¡conmigo! ¡a mi lado siempre!
Pálido de coraje, se lanzó el general sobre el pintor, con ánimo de arrebatárle su presa; imprudencia que evitó Víctor, interponiéndose entre ambos.
¡Afortunadamente, vino la reflexión en pos del arrebató!

Dominando la impetuosidad de su carácter, el viejo militar adoptó la sabia resolución de marcharse; lo que efectuó llevando del brazo a su hija, que iba sin alma, por habérsela entregado, en justa correspondencia, a su afligido adorador.

Desde la puerta y acompañando a la amenaza un enérgico voto, indisculpable en cualquier otra ocasión, dijo a Daniel:

—¡Oírás usted hablar de mí!

Dejó caer éste la abatida frente sobre el marco del lienzo que conservaba todavía entre los brazos, mientras Dolores, presa de mortal angustia, murmuraba al oído de Víctor:

—¡Cálmele por favor!

—Pierda cuidado, señorita, —respondióla el ayudante, devorando con la vista sus peregrinos encantos; — lo haré así, aunque sólo sea... por amor a usted.

El hermano de Laura debió cumplir su promesa,

puesto que en un año no oyó Daniel hablar del general.

Tampoco había visto a su adorada.

Durante ese tiempo, se abstuvo de pisar la calle en donde aquella habitaba; era sobrado altivo para mendigar el favor del orgulloso padre, y suficientemente honrado para seguir turbando la tranquilidad de la inocente hija.

Víctor, por el contrario, visitaba diariamente, mañana y tarde, al pie o a caballo, la en que residía el pintor.

Fácil es de comprender el motivo, como lo comprendía Dolores; quién, a pesar de gustarle el mancebo, no se lo daba a entender; evitando en lo posible su encuentro, cuando salía a la compra; recatándole el rostro, siempre que podía hacerlo sin descortesía.

Si alguna vez, el enamorado ayudante intentó detenerla, supo ella indicarle, con buenos modos, que no tenía gana de conversaciones ni galanteos.

El estudio del artista, participaba de la constante melancolía de su dueño.

En la época a que nos referimos, no existía en él un solo cuadro de importancia.

Los que cautivaron al general, en su primera visita, se habían vendido, poco a poco, pero no renovado; equivalente a decir que Daniel no pintaba.

Al perder las ilusiones, flaqueó su aliento; aun que buscó consuelo en el trabajo no respondían a su voz la mente ni la mano.

La una no concebía, la otra no ejecutaba; ¡como si el colosal esfuerzo, empleado en su predilecta obra, hubiera agotado su genio creador, en el preciso momento de brillar con mayor intensidad! Y, sin embargo, el artista sentía más que nunca la comezón de conquistarse un nombre; anhelaba la gloria, para sobreponerse a todas las fortunas y a todas las categorías generales; en justa revancha a la humillación sufrida, deseaba ganar un entorchado artístico.

Ancho palenque, para intentarlo, le ofrecía en aquel año la Exposición.

Pese a su desaliento, se propuso Daniel concurrir a ella, por primera vez, en alas del estímulo.

Después de innumerables y estériles tentativas, cuando ya iba a reconocer su impotencia, asaltóle una idea que, sin vacilar, puso en práctica.

La de enviar al nacional concurso el busto de su amada; no como materialmente figuraba en el lienzo, sino idealizado por el sentimiento divino.

Presto, las mundanas telas que cubrían la parte visible del cuerpo, se trocaron en rosadas gasas; aparecieron sobre las medias tintas del fondo, transparentes nubes; y rodeó a la gentil cabeza una aureola celestial.

La imagen se conservaba incólume; pero el cuadro era totalmente distinto.

Laura había pasado en un instante de la tierra al cielo.

La mujer quedó convertida en ángel.

Merced a esa ingeniosa metamorfosis, vió Daniel realizadas sus aspiraciones de gloria.

La hermosa creación en que se revelaba un genio, alcanzó el éxito más lisonjero; tanto, que el Jurado la adjudicó una primera medalla, y corrió de boca en boca por Madrid, el nombre ya célebre del joven pintor, hasta entonces desconocido.

Al recibir éste la fausta noticia, pensó al punto en la candorosa niña a quien debía el lauro conquistado.

¡Con qué placer lo depondría a los pies de la legítima merecedora!

Pero, a aquel recuerdo dulcísimo se unió el del orgulloso padre, cuyo desdén lloraba todavía.

Por él, más que por la propia satisfacción, se vanagloriaba de su triunfo.

Aquella medalla constituía su rehabilitación, su venganza.

Ya podía mirarle cara a cara; contestar a la soberbia con soberbia igual.

De tal manera le halagó este pensamiento, que en todo el día no cesó de repetir: «¡cuando el general lo sepa!»

Desde la malhadada hora en que Laura pisó el estudio de Daniel, desapareció la infantil alegría que engalanaba su semblante.

El purpúreo matiz de sus mejillas fué palideciendo lentamente, y nublóse el fulgor de sus grandes pupilas.

Su salud se quebrantaba de un modo visible.

Alarmado el padre, consultó al médico de la familia, quién, por diagnosticar algo, achacó la tristeza y languidez de Laura, a una anemia, la enfermedad de moda, que ataca con predilección a las señoritas de familias acomodadas.

¡Cuán pocas anémicas se cuentan entre las artesanas obligadas a ganar el cotidiano sustento moviendo un telar, o entre las mozas consagradas desde que apunta el alba al penoso cultivo de los campos!

¡No eran píldoras ni jarabes lo que necesitaba la pobre doncella!

Padecía mal de amor, adquirido por contagio; contra el cual, el único medicamento eficaz es un sacerdote.

La pasión del pintor había penetrado en su alma virgen, causando en ella el natural estrago.

El padre y el hermano estaban ciegos;... ó no querían ver lo que pasaba en aquel tierno corazoncito.

Como se comprende, la enamorada joven no se lo decía espontáneamente, ni se lo hubiera dicho aunque se lo preguntaran.

El rubor por un lado, el justificado temor de una repulsa por otro, cerraban con doble llave, sus descoloridos labios.

Así discurrieron días y días; recetando el facultativo, y empeorando Laura.

Paseos, teatros, reuniones familiares... todo fué inútil; nada conseguía disipar el sello de mortal tristeza impreso en su faz lívida y ojerosa.

Perdido el apetito, las fuerzas se iban debilitando por grados, y las esculturales formas perdían su morbidez, a causa del enflaquecimiento.



Una calentura, continua, lenta, aniquilaba a traición aquella existencia, seis meses antes robusta y exuberante. Laura se moría por consunción, como el lirio falto de agua.

La alarma cundió en la casa del general, quien llamó en consulta á las celebridades médicas de la Corte.

El fallo de la ciencia desconsoló al anciano.

La enferma estaba mal, muy mal, porque la anemia degeneraba en tisis, á pasos agigantados.

Requería cuidados incesantes, y sobre todo un clima más templado; algunas semanas de viaje por Andalucía, detendrían acaso el curso de la terrible dolencia.

En el tiempo preciso para los preparativos, verificóse la partida, trasladándose el general, con sus hijos y hermana, á las plácidas orillas del Guadalquivir.

Contra la creencia de los facultativos, al mes de estancia en Sevilla, la joven, en vez de mejorar, hallábase en un estado tal de postración, que sus allegados vivían en constante alarma; temiendo se les quedara en uno de los síncope que con frecuencia la asaltaban.

¡Y cómo había de mejorar la pobre, si empleaban para conseguirlo el peor de los remedios! ¡si cada legua que la separaba de Madrid era una hora menos de vida para su corazón amante!

En cuanto adquirió el amargo convencimiento de que el viaje en que cifraba sus esperanzas daba un resultado negativo, resolvió el general regresar á la coronada villa, dispuesto á remover cielo y tierra, hasta encontrar un médico que curara á su prenda querida.

El iluso no comprendía... ó no quería comprender que dependía exclusivamente de él la salvación de Laura!

¡No veía en su ceguera, que Dios le condenaba á la mayor pena con que puede castigar al orgullo de un padre: á presenciar la muerte lenta de su hija!

Vino la primavera, engalanada con las primeras flores.

Sea que la benignidad del tiempo reanimara algo la quebrantada naturaleza de la enferma, sea que produjera en ella análogo efecto la idea de encontrarse otra vez cerca de su adorado, la no comprendida enfermedad de Laura pareció ceder un tanto, ó por lo menos conceder una pequeña tregua; con no poco regocijo del bravo militar, en cuya alma alentó de nuevo la casi perdida esperanza.

Acababa de abrirse la Exposición de Bellas Artes, y todo el Madrid inteligente ó aficionado, se hacía lenguas, pregonando su brillante éxito.

El general, de cuya propia boca oímos que sentía verdadera pasión por la pintura, cometió, cierta mañana, la torpeza de manifestar delante de su hija, que sabía, con ánimo de visitarla.

¡Picara inadvertencia la suya!

¡Hablar de cuadros á una niña enamorada ciegamente de un pintor!

Sucedió... lo lógico; que ella se empeñó en acompañarle y que él no tuvo excusa á mano para negarse á tal deseo.

Colgada del brazo del anciano, pues su aparente mejoría no implicaba aumento de fuerzas, fué recorriendo Laura las concurridas salas, en donde los dignos émulos de Velázquez y Fortuny, habían expuesto los frutos de su talento; contestando fríamente á las entusiastas exclamaciones de su acompañante que se extasiaba ante ellos, porque en todos hallaba sobresalientes méritos.

A la joven, por el contrario; ninguno parecía gustarle, según la indiferencia con que los veía.

Verdad es que sólo miraba la firma... disimulando difícilmente su contrariedad, al no tropezar nunca con la que buscaba.

Pero la decoración cambió por completo, cuando los dos se pararon á contemplar un cuadro de reducidas proporciones, colocado al nivel de su cabeza.

El padre, fijó en él una mirada atónita, palideció densamente y... contra su costumbre, calló.

La hija, leyó el nombre del autor y... cubrióse su semblante de súbito carmín.

El primero, quiso pasar adelante, pugnando por llevarse á su compañera.

Esta, resistióse á seguirle, cual si sus pies hubiesen echado raíces en el pavimento.

Delatando, á pesar suyo la violenta emoción que experimentaba, recorrió la joven, con la vista, el lienzo firmado por Daniel, é instantáneamente se llenaron de lágrimas sus pupilas.

En aquel ángel, rodeado de celestial aureola, envuelto en rosadas gasas, flotando entre transparentes nubes, se había reconocido la infeliz; el cuadro reproducía su hermosa imagen, con la fidelidad del espejo más terso y claro; era la expresión muda, elocuente, gráfica, del amor sin esperanza.

Laura lo contempló extasiada, á través de su llanto; acercóse codiciosa á él, hasta juntar el rostro real con el pintado; llevóse luego ambas manos al corazón; y... exhalando un doloroso gemido, se desplomó exánime en los paternales brazos.

Cuando, Daniel, al siguiente día, después del habitual paseo por el Retiro, entró en su casa. Dolores le entregó una tarjeta del general, respaldada con esta angustiosa súplica: «¡Mi hija se muere! ¡si todavía la ama usted, venga á salvarla!»

—¡Si la amo todavía!—exclamó el pintor, admirándose de que lo pusieran en duda.

Y voló, en alas de una halagüeña ilusión, al encuentro de la enamorada niña que yacía agonizante, rodeada de su familia.

Prorrumpiendo en entrecortados sollozos, estrechó con frenesí entre las suyas, convulsas y ardorosas, la yerta mano de la moribunda.

El calor de aquel fuego retuvo, por un momento, dentro del helado cuerpo, al alma que de él huía.

Laura entreabrió sus velados ojos, elevólos al cielo, como citando al desdichado amante para una época más dichosa, y los cerró otra vez... para siempre; mientras el anciano caía de hinojos junto al mortuario lecho, balbuceando con indefinible angustia: «¡Triste de mí! ¡le llamé demasiado tarde!»

Un año después, el general, en cuyo semblante se advertían las huellas de hondos pesares, se presentó en el domicilio de Daniel, solicitando para Víctor, que también se moría de amor, la mano de Dolores.

Esta se la negó resueltamente, con la misma altivez que él había empleado para negar al pintor la de su hija.

—¡No desoiga, por caridad, mis ruegos! ¿Quiere usted que me quede sin los dos?

—Es inútil su porfía. En tanto que mi hermano viva, me tendrá constantemente á su lado, consolando la amargura que usted labró; y... para el caso desgraciado de que faltara, ha tiempo elegí al esposo á quien pienso consagrar el resto de mi existencia.

A raíz de esta justísima repulsa, el general y su hijo partieron de Madrid, para unirse al ejército que luchaba contra los insurrectos tagalos, en Filipinas; nada más he sabido de ellos, ni en realidad me importa.

¡Pero sé, y lo deploro de todo corazón... que Daniel no ha vuelto á pintar!

SALVADOR CARRERA



LA FIESTA NACIONAL

De acuerdo con nuestro programa, cuya base fundamental consiste en hacer una ilustración genuinamente española que retrate nuestras costumbres, nuestra vida y nuestros tipos, pensamos inaugurar el año nuevo con un número muy español.

¿Y qué más español que las corridas de toros?

Carácter distintivo de nuestra raza serán siempre tales fiestas: recuerdo del valor y entereza que nunca sabrá abandonarnos y algo así que trae á la memoria los palenques cerrados de nuestros caballeros y el lujoso festival de las damas españolas.

Por eso, á pesar de salir á destiempo, no hemos vacilado en abrir el año segundo de ALBUM SALÓN, con un número consagrado á nuestra típica y legendaria FIESTA NACIONAL.

A la confección de dicho número, han contribuido con su talento distinguidos artistas, cuyo solo nombre es garantía de la perfección y belleza de sus obras.

Para que nuestros lectores se hagan cargo anticipadamente de que no exageramos, le ofrecemos á continuación el

SUMARIO

CUBIERTA: Un precioso cuadro del reputado pintor Cecilio Plá, que representa el cruce de las calles de Alcalá y Sevilla, en Madrid, en día de corrida.

¡De chipén! caricaturas alusivas al toreo, por Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: En un palco, cuadro de Félix Mestres.

Recargando: Cuadro del famoso pintor de asuntos taurinos, Marcelino de Unceta.

Una bronca: Cuadro bellísimo de Enrique Estevan.

Pepe-Hillo y su cuadrilla, entrando en la antigua capilla de la plaza de toros de Madrid, por Angel Lizcano.

PÁGINAS EN COLOR Y EN NEGRO: Salida de la cuadrilla, Suerte de vara, Suerte de capa, Banderillas, Brindis, Suerte de matar, Cachete, Arrastre, Caballeros en plaza, El Cid alanceando un toro en la plaza de Madrid dibujos de José Passos.

Una chula, por el malogrado Llovera.

TEXTO: Esbozo histórico de las corridas de toros, por J. Sánchez de Neiva.

Siempre nuevo, por Angel Caamaño.

Caballero en plaza, por

La fiesta de toros en Madrid, célebres quintillas de don Nicolás Fernández de Moratín.

MOSAICO.

REGALO: Un precioso paso doble, titulado ¡A los toros! compuesto exprofeso por el maestro Agustín L. Salvans, con ilustraciones de J. Passos.

El Orfeo Catalá, asociación musical barcelonesa tan aplaudida y festejada, conquistó, como sabrán nuestros lectores, en el concurso internacional de orfeones efectuado recientemente en Niza, tres primeros premios, y para su director el Sr. Millet, un diploma de honor.

Por esto hemos creído complacer al público, publicando los retratos en grupo de los individuos que lo componen, á quienes enviamos nuestro cordial parabién.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.